Aquí es también razón que notemos la calificada maldad deste mal padre, y la pena tan cruel con que será atormentado en los infiernos; porque fueron dos culpas (entre otras) las más graves que pudo cometer, de las cuales la menor fue matar a su proprio hijo, pero fue muy grande por cuanto quebrantó aquí dos mandamientos, el uno de ley natural y el otro de la ley divina, que manda Dios que nadie mate, y la ley natural que el hijo sea amparado y defendido de todo mal; y en orden desto se ordenó el matrimonio, porque los demás animales no tienen necesidad desta cohabitación para su crianza (como en otra parte decimos) y sólo el hombre sí; y por esto está más obligado el padre racional, al amparo del hijo, que otro animal alguno; y si es contrario a esta obligación ofende gravísimamente, pues si en lugar de ampararle y defenderle, él mismo le ofende y le mata, ¿qué hace en este hecho sino pecar gravemente? La otra culpa fue ultrajar y menospreciar el tiempo de su visitación, entrándosele Dios por su casa y no conociendo esta merced y beneficio. Y para que se conozca cuán grave pecado es, lo deduciremos de aquellas lágrimas que dice San Lucas,[3] que Cristo redemptor nuestro derramó sobre Jerusalén, estando a vista de ella; donde especificando sus calamidades y ruina, y destrozo que los enemigos habían de hacer en los más altos homenajes y cumbres de sus torres, da la causa diciendo, porque no conociese el tiempo de tu visitación, que quiere decir, porque habiendo venido tu redemptor y maestro, no sólo maliciosamente no le quisiste recibir, pero no paraste hasta matarlo y ponerlo en una cruz. De manera que la fuerza de sus lágrimas es por la condenación de aquel pueblo que no le quiso recebir. Pues por qué no será la misma pena en este mal indio, que viniendo Dios a su casa por fe y evangelio, no sólo no le reciba, pero aun añada dar la muerte y quitar la vida al que se lo da a conocer; y éste es el mayor pecado y ambos de grandísima condenación.

CAPÍTULO XXXIII. *De otros dos niños que fueron muertos porque también destruían los ídolos*

DOS AÑOS DESPUÉS DE LA MUERTE DEL BENDITO NIÑO Cristóbal, sucedió que llegó a Tlaxcalla un religioso de la orden de Santo Domingo, llamado fray Bernardino Minaya con otro compañero, que iban encaminados a la provincia de Guaxaca, y quisieron ver de camino al santo varón fray Martín de Valencia, que a la sazón era allí guardián; y viendo el padre fray Bernardino tantos niños y tan doctrinados en aquel convento, y que él iba sin ninguna ayuda a tratar con gente inculta, comunicólo con el guardián, pidiéndole la compañía de algunos de aquellos niños, si ellos quisiesen ir con él a ayudarle a la conversión y enseñanza de las gentes mixtecas, donde iba destinado, prometiéndoles muy buen tratamiento y te-

[3] Luc. 19.

nerlos en la propria estimación que a hijos. Este deseo y demanda del buen fray Bernardino se puso en pública plática; y entendido por los mozuelos de la escuela lo que el celoso religioso deseaba y pedía, ofreciéronse al trabajo dos dellos, hijos de muy principales señores, y el uno nieto de Xicotencatl (que fue el que dio entrada a los nuestros en la ciudad, cuando vinieron a la conquista), el cual se llamaba Antonio, y con éste fue un pajecito suyo llamado Juan; el otro principal se llamaba Diego.

Viendo el santo viejo fray Martín de Valencia que lo tomaban tan de veras y que se apercebían para el camino y jornada, quiso probar el espíritu que les movía y el que llevaban; porque si no era de Dios no le creyesen (como amonesta San Juan en su Canónica)[1] o si por ventura era moción la suya de las que el padre celestial suele hacer, incitando los ánimos para cosas necesarias de su servicio, y así les dijo: hijos míos, determinados os veo de ir con estos benditos religiosos, y apruebo el ánimo por bueno; pero mirad que vais lejos de vuestra tierra a pueblos extraños y entre gente que aún no conoce a Dios, donde se os ofrecerán muchos trabajos y peligros; téngoos mucha lástima, como a hijos, porque sois niños y temo que os maten por esos caminos, por esto os ruego que lo miréis y consideréis bien antes que os determinéis.

Oída por los muchachos la paternal amonestación y el recelo que mostraba en sus futuros fines, le respondieron con muy alegre y regocijado semblante desta manera: Padre, bien mirado tenemos eso que nos dices y algo nos había de aprovechar la ley y palabra de Dios y su sante fe que tú nos has enseñado; pues siendo en orden desto ¿no había de haber entre tantos quién se ofreciese a este trabajo por Dios? Aparajedos estamos para ir con los padres y para recebir de buena voluntad todos los trabajos que se ofrecieren por Dios. No dijo más San Pedro a Cristo cuando se disponía para su pasión:[2] Señor, determinado estoy a padecer con vos cárceles y muerte; pero habló con propria confianza y así cayó; pero estos niños ceñidos con el espíritu de Dios que los alentaba, se ofrecen a la batalla añadiendo a las razones pasadas: y si él fuera servido de que perdamos las vidas ¿por qué no las perderemos por su amor, pues el primero murió por nosotros? Palabras cierto dignas de consideración, a cuyo sentimiento nos anima San Juan,[3] diciendo: Hermanos, amemos a Dios, porque él nos amó primero. Este amor de Dios, si bien se considera, consiste en obras y no en solas palabras, en las cuales se verifica (como dice San Gregorio), y amarnos Dios, es decir que nos hace bienes y mercedes muy copiosas, así en las cosas de naturaleza como de gracia; y por esto le debemos amar, por ser nuestro bienhechor y porque tiró la barra todo cuanto pudo (como dice San Pablo)[4] en nuestro amparo y defensa, no sólo amándonos como padre a hijos, sino entregándose a la muerte como valeroso capitán, por defender sus soldados; a cuya imitación nos provoca con tan amoroso hecho.

[1] 1. Ioan. 4.
[2] Luc. 22.
[3] 1. Ioan. 4.
[4] Ad Gal. 2.

Pues este amor encendido en los corazones destas plantas tiernas y delicadas rebosa por la boca con llamas de encendido espíritu y devoción, y dicen: que ¿para qué quieren vida en su patria, si pueden irla a dar por Dios en la ajena? Y para mayor admiración nuestra y para que se vea lo que puede el aire del Espíritu Santo cuando sopla el alma, dijeron más: ¿No mataron a San Pedro, crucificándolo? ¿Y a San Pablo, degollándolo? ¿Y San Bartolomé no fue desollado por Dios? Esto dijeron, porque aquella semana habían oído el sermón y historia de San Bartolomé. Viendo el prudente y discreto padre que aquella moción y determinada gana no era acaso y repentina, nacida de ánimo liviano de muchachos, sino guiada por tan buen sentimiento, haciendo cofre de su pecho, encerró en él la consideración y peso grande destas palabras, y los ojos llenos de agua dioles su bendición y enviólos con los religiosos de Santo Domingo. A pocos días llegaron estos dos benditos religiosos a la ciudad de Tepeaca, muy gozosos y dando gracias a Dios de la buena compañía y avío que les había dado, y viendo el pueblo (el cual con toda su provincia y comarca era de grandísimo gentío), quisieron probar la mano de su espíritu y comenzar la obra de su comisión, porque está este pueblo diez leguas de Tlaxcalla, y entonces no había monasterio de frailes, como le hay ahora, mas era visitada aquella provincia del monasterio de Huexotzinco, que está de allí otras diez leguas; y por ser pocos los frailes y muchos los pueblos y provincias de su visitas, iban pocas veces; y a esta causa estaba Tepeaca y su comarca llena de ídolos, aunque no públicos sino secretos.

Sabido esto por los religiosos, envió fray Bernardino a los niños por las casas de los indios a que buscasen los ídolos que tuviesen, como lo solían hacer en Tlaxcalla, y que se los trajesen, en lo cual se ocuparon tres o cuatro días. Y ya que por allí cerca no hallaban ídolos, desviáronse una legua de Tepeaca a los pueblos de Tecali y Quauhtinchan, que eran de muchos vecinos; y de unas casas del pueblo de Tecali sacó el niño, llamado Antonio, unos ídolos, acompañado de su paje Juan. A este tiempo ya algunos señores y principales se habían hablado y concertado de matarlo (según después pareció) porque les quebraban sus ídolos y les quitaban sus dioses.

El mayor sentimiento que Micas tuvo (como se cuenta en el libro de *Los Jueces)*[5] del despojo que le hicieron los del tribu de Dan, cuando salieron en busca de tierras y posesiones, fue por los ídolos y dioses que le llevaron; y saliendo tras ellos iba clamando y dando voces, pidiendo restitución dellos; y como los soldados que los llevaban se volviesen a él forzados y compelidos de sus voces, y le dijesen, que ¿por qué las daba o qué quería?, les respondió, ¿pues cómo, llevaisme mis dioses y preguntaisme la causa de mi pena? También se cuenta en el *Génesis*,[6] que cuando Jacob se volvió a su patria, dejando la casa de su suegro Labán, para cuya jornada se salió ocultamente y sin licencia, entre otras preseas que sacó Raquel fueron unos idolillos de oro que tenía en mucha estimación su padre; y viniendo tras ellos, el mayor cargo que le hizo a Jacob (entre otros que le puso) fue de-

[5] Iud. 18.
[6] Genes. 31.

cirle, ¿por qué hurtaste mis dioses?, como quien dice, todo lo demás te perdonara, pero quitarme a mi dios no lo he podido sufrir. Éste, pues, fue uno de los mayores sentimientos (y aun el mayor) destas gentes, pues todos los toleraban, y éste no lo pudieron sufrir. Y con diferentes intentos buscaban los unos y los otros; los niños, con celo del servicio del verdadero Dios, los ídolos del demonio para destruirlos; y los engañados idólatras, a los niños para matarlos, porque les afrentaban y quebraban sus dioses. Y así sucedió que viniendo el niño Antonio del pueblo de Tecalli con su compañero Juan, y trayendo algunos destos ídolos, entró en el otro de Quauhtinchan en una casa que halló sola, y un solo niño a la puerta que la guardaba, con quien se quedó el pajecito Juan, y Antonio dentro puso cuidado en buscar las figuras y semejanzas del demonio. Los que estaban conjurados y determinados de matarlos andaban buscando ocasión, y seguíanles los pasos para no perderla, que como la traición es acto de cobardía jamás se acomete de bueno, sino a los ratos más hurtados que el traidor puede; y como también es contra razón, jamás se atreve a salir a pública plaza, sino es muy acompañada, y como es acto de injusticia el mismo hecho hace a los más animosos cobardes, y aunque sea para dar muerte a un solo hombre, no les parece que basta otro, sino que se amontonan y apiñan muchos, no porque uno por ventura no bastara, sino por el recelo y temor que la culpa les pone en el mal que hacen.

Para la muerte que dieron a Julio César en el Senado, dice Suetonio Tranquilo[7] que los traidores y conjuradores se juntaron, y que eran más de sesenta, de los cuales Cimbro Tulio fue el primero que le asió por los brazos y dio lugar a los otros que le matasen; y dice más, que con ser tantos y haberle dado veinte y tres puñaladas, sola una que le dieron en el pecho le mató, que todas las demás no eran de muerte. Los hermanos de Joseph, cuando le vieron en el campo solo, levantaron la voz y dijeron: aquí viene el soñador, juntémonos todos y matarémoslo.[8] Para ordenar a Cristo, maestro de verdad, alguna traición y calunia los fariseos (dice San Lucas)[9] que llegaron muchos juntos, tentándole y provocándole con razones caluniosas. Pues para hacer una pregunta a Cristo, ¿es menester tanto acompañamiento de gente? Y para matar a un niño, como lo era Joseph, que iba en paz a llevar pan y refresco a sus hermanos, ¿se llaman y convocan once hombres de edad madura y perfecta? Sí, que son traidores y no pueden solos, porque esto tiene la traición, que son muchos a ella y todos aun no bastan. Para prender a ese mismo Jesucristo señor nuestro, cordero manso, pobre y humilde, se junta un gran número de baja y vil canalla y se cercan de armas y rodean de espadas, lanzas y alabardas, y van con grande secreto, llevan adalid y capitán y llegan al huerto con tanto apercibimiento y ruido, como si en el campo de Saúl se armaran para contra el gigante Goliat; y cuando se desenvuelven y comienzan a esgrimir las espadas y acometer al enemigo, hallan que es un hombre desnudo, des-

[7] Tranq. in Vitae Iulii Caesar.
[8] Genes. 37.
[9] Luc. 22.

calzo y puesto en oración, y que aquella prisión que vienen a hacer, él la desea; y que la muerte que quieren darle es ordenada por él. ¿Pues para esto tanto ruido y tantas lanzas y partesanas? Sí, que es traición y grande injusticia, y la misma traición acobarda. Pues así sucede en esta ocasión, que para matar a dos niños hacen estos señores y caciques, juntas y conciertos, y se agavillan y andan en cuadrillas, porque es traición, y todas acobardan. Pero esforzados de su pasión atreviéronse dos de ellos y llegaron a esta sazón (pareciéndoles buena para sus intentos) cada uno con un grueso palo de encina en la mano, y comenzaron entrambos a descargarlos sobre la cabeza y cuerpo del niño Juan, pareciéndoles que emprendían la mayor hazaña del mundo, como dijo Cristo nuestro señor a sus discípulos, por San Juan; y que hacían a su dios el mayor servicio que podían. Al ruido salió Antonio y como vio la crueldad grande de aquellos traidores homicidas y que tenían ya casi muerto a su compañero, no sólo no huyó, pero con ánimo más aventajado que la edad pedía, les dijo: ¿Por qué matáis a mi compañero? Si hay culpa no la tiene él, que yo soy el que os quitó los ídolos, porque sé que son demonios y no dioses. Dejad a ese que no tiene culpa. Yo soy el que os los quitó, que no él. Apenas hubo acabado estas palabras cuando descargaron los palos sobre él, porque ya estaba muerto el primero, y dándole muchos en la cabeza y brazos, y por todo su cuerpo, lo mataron. En la cual muerte no hizo el valeroso soldado de Jesucristo resistencia ninguna, antes en la mayor furia de los palos llamaba a Dios y ofrecíale su muerte; el cual tengo para mí que lo recibió en su gloria con mucho regocijo de los ángeles, por el presente que le ofrecía, que eran las figuras y retratos de los demonios vencidos en aquel acto. Porque si los romanos tenían por día glorioso (como dice Blondo Flavio)[10] aquel en que entraba en Roma algún capitán suyo triunfando y el capitán le ofrecía los despojos de la guerra y al rey o reyes vencidos, hechos prisioneros, delante del carro en que triunfaba, ¿por qué no será más gloria la de este niño con la de su compañero? Porque en estas batallas eran hombres contra hombres, entre los cuales no suele haber mayoría; sólo aquél suele ser mayor que vence al otro; pero entre Dios y el demonio, que conocidamente se sabe la que hay y la que por su soberbia quiere el demonio atribuirse (el cual, como falso engañador y usurpador de lo ajeno, ciega a los hombres para que le adoren y de le den la honra que de derecho le es negada) es bien que se le quite y abata el orgullo con que brama; y que vencido de los soldados de Dios (así como San Miguel en el cielo lo postró y puso en su blasón contra él: ¿Quién como Dios?), vayan estos niños por aquellas calles de los cielos, con estos despojos en las manos diciendo: ¿Quién como Dios? No los hombres que son polvo y ceniza; no los ángeles que aunque son espíritus son criados y hechuras del criador. El solo es el Dios verdadero, a quien todos, los que limpiamente y sin mancha de soberbia conocen esta verdad, le están cantando continuamente los divinos atributos que tiene, y a una voz le confiesan por santo. Y si David entró

[10] Blond. de Roma triumph. lib. 10 in fin.

por Jerusalén arrastrando la cabeza del gigante, la cual llevaba asida de los cabellos, y le cantaban a coros la victoria y gloria los del pueblo, estos santos niños llevaban la de los ídolos a presentar a Dios como despojos dignos de su santa gloria y victoria, y así los recibirían los ángeles y compañías celestiales con grandes regocijos, en especial otros santos mártires y profetas; de los cuales dice San Pablo que por esta misma fe que estos niños murieron, fueron atormentados, azotados, encarcelados, afligidos, apedreados, aserrados, como fueron Elías, Jeremías, Isaías, San Juan Baptista, San Lorenzo, San Estéban y otros sin número, que callo; de los cuales (concluye el glorioso apóstol) no fue digno el mundo; y como indignos los hombres mundanos de tan santa compañía los apartó Dios de ellos; y muriendo en manos tan sacrílegas los recibió en las soberanas suyas.

CAPÍTULO XXXIV. *Donde se dice cómo ocultaron los indios los cuerpos de estos santos niños, y de la manera como se descubrieron y pagaron los delincuentes su pecado*

EL SANTO VIEJO TOBÍAS, CUENTA LA Sagrada Escritura que tenía grandísimo cuidado de recoger los cuerpos de los hombres que los enemigos del pueblo de Dios mataban, y los encerraba en su casa, y luego de noche, cuando en más silencio y reposo estaban todos, los sacaba y llevaba a enterrar; y ésta es una de sus mayores alabanzas. Pues esto que a Tobías sucedía, sucedió a estos perversos homicidas y malhechores, pero muy diferentemente, porque Tobías enterraba los cuerpos de los que otros mataban, y eran de su pueblo; y estos indios los que ellos atormentaron, aguardando la noche para ejecutarlo, la cual venida, cogieron los inocentes cuerpos (que eran de la edad de Cristóbal) y lleváronlos desde aquel pueblo de Quauhtinchan al otro de Tecalli, que dista dél una legua, y echáronlos a rodar por una barranca abajo, pareciéndoles que aquél era el remedio para que no se supiese. Pero como no hay pecado oculto (como dice Cristo) que no se sepa, para que la maldad sea castigada, sucedió que faltando el niño Antonio con su paje, y viendo que tardaban, pusieron mucha diligencia los padres dominicos en buscarlos. Y este mismo cargo dieron a un alguacil que residía en Tepeaca, llamado Álvaro de Sandoval; y éste por su parte, y los religiosos por la suya, pusieron tanto cuidado y solicitud que muy en breve hallaron los niños muertos, siguiendo el rastro por donde habían ido y donde se habían desaparecido. Súpose luego quién los había muerto; prendieron a los homicidas, pero, aunque fueron constreñidos, no confesaron, por cuyo mandado los habían muerto, aunque confesaron la muerte de plano, haciéndose hechores de ella, y la manera de muerte que les habían dado; y con demonstración de sentimiento dijeron que conocían haber errado y hecho un grande y pernicioso mal, y que merecían la muerte por ello; y que pues sabían de cierto que habían de